SENTIDO Y MEDIDA DE MENENDEZ PELAYO

POR

FRANCISCO PEREZ GUTIERREZ

> "...Lo que honráis en mí no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez conozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando a una comprensión cada vez menos incompleta del genio nacional y de los inmortales destinos de España."
>
> *(De la contestación al homenaje por su nombramiento de director de la Academia de la Historia en 1910.)*

Todavía no hace mucho que en un libro, que cuenta para mí entre los esfuerzos más rigurosos que los españoles han realizado por entenderse a sí mismos, se denominaba a la Historia de España la historia de una inseguridad. No entro ahora a enjuiciar la fundamentación de esta tesis, que Américo Castro tan enérgicamente sostiene; y no ignoro que son muchos entre nosotros los que de antemano la rechazan. Pero me parece que es cierto el hecho de esta íntima inseguridad, siempre en fermentación en la morada espiritual de cualquier español que tenga un adarme de conciencia propia. Al menos, espero que se me tolere su sostenimiento, siquiera sea como supuesto previo, como hipótesis de trabajo, puesta aquí delante con toda honradez.

Efectivamente, el español, en los momentos culminantes, nos produce una irremediable sensación de inseguridad; nos la producimos nosotros mismos, si con un mínimo de detenimiento nos auscultamos. Hay en nosotros una exacerbación, como un encrespamiento de esa condición metafísica de todo hombre que Peter Wust ha llamado justamente situación de "animal *insecurum*". Por eso, ante sucesos o fenómenos de cualquier índole, como afecten a sus zonas profundas, y a veces aun sin eso, el español parece incapaz de portarse con objetividad, de aceptar lo que tiene delante. Concluímos que el español es un "volitivo", escaso en calidades perceptivas, desconfiado de la consistencia de la realidad lo mismo cuando niega que cuando afirma. Se abraza ciegamente

a sus propias ideas o lucha contra ellas con encarnizamiento. Pero la realidad se le escapa con frecuencia.

Yo creo que la figura de Menéndez Pelayo ha sido una de las víctimas más valiosas de esta pertinaz inseguridad española. ¿Cuántos son los españoles que ante este hombre han sabido guardar la naturalidad? Muy pocos. Los unos parecen temer que verdaderamente pueda llegar a significar lo que sus adversarios sostienen que significa, y ellos mismos, por otra parte, sospechan o incluso se ven interiormente obligados a admitir. Los otros se aterran ante la sola posibilidad de que los contrarios lleguen a hacer mella en su talla nobilísima, y vengan así ellos a quedarse sin un gran capítulo de Apologética; esa Apologética que a Menéndez Pelayo le hacía, por cierto, muy poca gracia. En el fondo, ¿quiénes son los que creen más en él? No me parece tan insostenible la paradoja de que, "en el fondo", tienen en él una fe más firme los que le niegan. El odio es la forma extrema de una fe que se quisiera no tener. La apología, en cambio, he llegado a pensar que es la última expresión de la desconfianza; se defiende lo que se teme ver destruído, lo que se duda si podrá resistir. Lo verdadero no necesita defensa. Dijo San Agustín que lo único que pide es no ser ignorado.

Pues bien: ensayemos esta nueva postura. Frente a la terquedad de los negadores y frente a la terquedad de los apologistas, ambas ciegas, ambas fáciles, ensayemos la rigurosa inseguridad de los creyentes. Nadie teme podar un árbol de cuya pujante vida se halla seguro. Sometamos, pues, a Menéndez Pelayo a un análisis de lucidez y de serena objetividad, sin temor a que la oblación de unas cuantas ramas caducas vaya a comprometer la esbeltez de su tronco.

Por lo demás, entendido queda que con tal proceder hacemos consciente esta nuestra congénita inseguridad, y al hacerla consciente nos evadimos de ella.

Si me es lícito referirme a una experiencia personal, que por lo demás es el verdadero arranque de estas páginas, yo comencé a leer a Menéndez Pelayo, trabé con él amistad y conocimiento a una edad en que no caben los prejuicios. Una adolescencia ávida de verdades íntegras, de claridades interiores, no puede convivir con un gran espíritu a través de filtros ilegítimos. Yo devoraba sus libros uno tras otro, insaciablemente, como sólo puede leer un chiquillo de quince años; yo leía a "todo" Menéndez Pelayo, entregado a su sugestión sin resistencia alguna; entre otras razones, porque a esa edad no se es capaz de resistir.

Luego, cuando un buen día levanté la cabeza de los libros, de los suyos, y me dispuse a oír hablar a otros de él, de aquel hombre con el que yo por tanto tiempo, y tan inocentemente, había convivido, advertí en seguida con sorpresa que el perfil que se me trazaba no tenía las más de las veces demasiado que ver con el que para mí era ya familiar. Las reflexiones que siguen son, pues, una confesión de disconformidad. Disconformidad no tanto con las afirmaciones concretas que sobre él se han hecho—algunas veces también con ellas—cuanto con la manera de hablar de su figura, con el clima creado en torno a él, por obra de unos y de otros; clima enrarecido sinceramente irrespirable, en el que por lo que a mí toca no estoy dispuesto a ingresar.

Se encaminan las consideraciones que ante vosotros voy a desarrollar a fijar las fronteras del ser de este hombre que se llamó Marcelino Menéndez Pelayo, a intentar dar respuesta a la pregunta de qué fuera su vida y en qué consistiera. No es, pues, la anécdota biográfica lo que aquí va a merecer nuestra atención. Lo que a uno le pasa o uno mismo hace—y aun esto que hacemos "nos pasa" que lo hacemos—carece en sí de significación humana: los "hechos" de una vida son propiedad común, empresa colectiva, erupciones superficiales. La vida, en cambio, la verdadera vida, la que es y la que vale, es siempre una aventura secreta, transcurre bajo la piel de los acontecimientos. Aquello en que una vida consiste es exactamente la "consistencia" de esa vida, y esa consistencia es un producto de la voluntad, un sesgo intencional. Los hechos son las cosas que nos pasan; la vida, en cambio, es lo que nosotros hacemos con los hechos, la dirección que les imprimimos: una íntima maniobra.

Pues bien: a Menéndez Pelayo le sucedieron muy pocas cosas, aunque algunas de ellas se salieron un tanto de lo corriente. Le ocurrió nacer en Santander el 3 de noviembre del año de 1856, en el seno de una familia acomodada, en la que, como en todas las familias españolas de la clase media, unos eran tradicionalistas y otros liberales; hallarse dotado de unas cualidades intelectuales de excepción; enamorarse en un momento dado, por qué no, de una muchacha llamada Isabel—enamoramiento transitorio, es la verdad—; realizar un curriculum académico de meteoro, viajes, libros, una cátedra, escribir mucho y saber más.

Creo que han sido sobre todo estos dos últimos aconteceres los que han contribuído a hacer su figura popular y a *desvirtuarla.* Frases como "su inmensa erudición", "nuestro gran polígrafo", han sido repetidas, y lo son todavía, hasta la saciedad, como si se tratara de sobrenombres homéricos. Pero ¿es serio sostener que Me-

néndez Pelayo "fuera" un erudito y a renglón seguido proponerle como maestro? La verdad es que un erudito, por muy "restaurador" que le supusiésemos—y luego veremos que don Marcelino no fué tampoco nunca un "restaurador"—, no nos conduciría a nada. ¿Qué habríamos de buscar en él fuera de los datos, las fechas y esos informes montones de críticas que, la verdad sea dicha, no gozan de demasiada fama, y, en concreto, a las mentes juveniles suelen ponerlas en fuga? No. Dejémoslo bien puntualizado; resueltamente: un Menéndez Pelayo sabelotodo no nos interesaría demasiado.

Pero no lo fué; no "fué" un erudito. Le aconteció serlo, que es algo muy distinto. Y no sólo serlo, sino "tener que serlo" con una forzosidad de la que él se lamentaba con frecuencia. En su estupendo estudio sobre Galdós reconocía:

> Al hablar de literatura contemporánea, yo vengo como caído de las nubes... Me he acostumbrado a vivir con los muertos en más estrecha comunicación que con los vivos, y por eso encuentro la pluma difícil y reacia para salir del círculo en que VOLUNTARIA O FORZOSAMENTE la he confirmado. *(Crítica lit.*, v. 82.)

Apuntemos, ya desde sus horas infantiles, esta doble vertiente de su actividad: por un lado, su evidente y nunca disimulada ilusión literaria y poética; por el otro, su dedicación a los archivos. Es todavía un chiquillo y ya escribe versos y reúne libros. Y muy pronto esta segunda tarea parece sobreponerse a la primera. Si lo seguimos en su peregrinación por Europa nos llevamos una desilusión: para él, Europa parece reducirse a una geografía de archivos. El mismo reconoce que ha atravesado Italia sin haber hecho otra cosa que leer. Para este Goethe de la erudición, el conocimiento es también más temprano que la experiencia.

En *La ciencia española* dice de sí mismo, con notoria injusticia, que no es más que un "pobre bibliófilo", y esta su primera empresa literaria tiene, efectivamente, bien marcada la huella de una forzosidad de rebusca de elementos. Menéndez Pelayo se encuentra ante un pasado intelectual y cultural, negado tranquilamente y escarnecido de puro ignorado, y arremete bravamente con la tarea de beneficiar sus zonas ocultas; reconoce que no hace nada más que inventariar; que no se trata más que de un supuesto previo, que deje el camino franco a la que reputa por su verdadera tarea:

> La generación presente—es un texto que se ha repetido mucho—se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente—se refería a la suya—, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos. *(Ciencia*, I, 120.)

Y así fué. Laín Entralgo ha puesto suficientemente de bulto *(Menéndez Pelayo*, 20-31) cómo la generación de Menéndez Pelayo fué una generación de sabios, una promoción dolorosa, que sintió el doloroso acicate de saber, de un saber nacional y exacto, que asociara de una vez a España a nuestra contemporánea aventura intelectual de Europa.

Y ¿cuál fué la tarea que Menéndez Pelayo se propuso como meta de sus esfuerzos de erudición? El mismo nos lo ha dicho en unas pocas y lucidísimas palabras, que, curiosamente, han pasado casi inadvertidas y apenas han sido citadas. Las pronunció en 1910, al agradecer el homenaje de que fué objeto por su nombramiento de director de la Academia de la Historia:

> ...Lo que honráis en mí—dijo entonces—no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez conozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando a una COMPRENSIÓN CADA VEZ MENOS INCOMPLETA del genio nacional y de los inmortales destinos de España. (Cit. por M. Artigas, *M. P.*, 1928, páginas 243-244.)

Decididamente, éste es el Menéndez Pelayo que nos interesa; el hombre que con modestia sobrecogedora confiesa no haber hecho otra cosa que esforzarse por una comprensión cada vez menos incompleta de la realidad histórica en que había nacido. Subrayo este tanteo, y advierto que he de insistir tercamente sobre él: Menéndez Pelayo es un comprensivo, y su enorme ejemplaridad, una ejemplaridad de comprensión. Nada más y nada menos. Tengo esta comprensión por clave de su figura espiritual; la única, la esencial, la que le otorga su noble y gallardo perfil de genio.

En estas páginas de meditación sobre su figura me limito a analizar las notas de aquella su generosa comprensión.

Advirtamos de paso que tal vocación fué apasionante y absorbente hasta el punto de devorarse todas las demás dimensiones de aquella alma tan rica. La pasión intelectual de don Marcelino está hecha de muchas renuncias; pensemos nada más que en lo que tuvo que significar para él la renuncia a su vida social; él, que triunfaba sin proponérselo, que se veía tan solicitado y que era muy capaz de responder a aquella solicitación. Sobre este particu-

lar, su epistolario, tan vasto, es muy expresivo. Un epistolario que se lo lleva la erudición, ésta es la verdad, con gran decepción del lector, que busca las huellas del hombre y no encuentra más que el erudito. Y, sin embargo, a pesar de todo, allí queda constancia de la tenacidad con que amigos, y amigas, le buscaban: el cariño que les inspiraba. Hay que acabar con la leyenda de un Menéndez Pelayo abstraído como un elefante y distraído como un tonto. La verdad, no me explico cómo esta visión puede conciliarse con la "vera efigie" de un hombre que era muy capaz de hacer las delicias de la emperatriz Eugenia durante toda una tarde.

La confesión que acabamos de oírle sobre los tanteos e indecisiones de la mocedad, creo yo que tiene valor suficiente para echar por tierra, sin esperanzas de que se recobre, la versión tópica que de su figura suele dársenos, conforme a la cual Menéndez Pelayo sería un hombre sin historia—precisamente a él, una de las sensibilidades más estremecidas de historicidad que han existido entre nosotros—, un bloque de perfecciones geométricas, aparecido en la contienda española como un utilísimo y muy oportuno *deus ex machina*, como una afirmación sin cisuras, como una afirmación dogmática.

Nada más falso. Por supuesto que un Menéndez Pelayo tan fácilmente blandible, un Menéndez Pelayo tomado como martillo pilón, sería formidable—para algunos, claro—; pero presenta un inconveniente gravísimo, y es el de no ser real; y no sólo no ser real, sino exactamente todo lo contrario. Yo siempre he dudado de la eficiencia de los fantasmas, como no sea para meter miedo. Que piensen algunos si lo que consiguen con su Menéndez Pelayo no es que cause miedo, y que muchas sensibilidades españolas, sensibilidades jóvenes, no vayan a curarse del susto junto a figuras más humanas.

Todo lo que es Menéndez Pelayo, su íntima biografía espiritual, transcurre sobre un proceso de adquisición, de dominio mental sobre la realidad histórica; es una disciplinada peregrinación hacia un saber de integración. ¿Dónde comienza este viaje? ¿De qué supuestos parte la ruta mental de este hombre?

Pedro Laín Entralgo, en las no demasiadas páginas de su *Menéndez Pelayo*, el único libro exigente con que contamos sobre don Marcelino, se ha aplicado por primera vez a analizar algo de lo que pudiéramos llamar el *humus*, este complicadísimo e irreducible substrato de la inteligencia y de la sensibilidad de un hombre; el misterioso pero realísimo enraizamiento de un pensamiento con el ambiente innumerable, con los tópicos y los gérmenes que respira,

y de los que vive, aunque llegue en ocasiones a expelerlos violentamente, aunque le hagan estornudar.

La tarea de descifrar este caos es dificilísima, y lo es más con Menéndez Pelayo, carente de apariencias violentas y que muy pocas veces habla expresamente de su interioridad, extravertida siempre hacia el espectáculo de lo histórico.

Por mi parte, no pretendo sino dar unos cuantos tientos a los que juzgo aspectos característicos; a los que antes llamé "notas" de su comprensión.

Fijémonos para comenzar en cómo Menéndez Pelayo va dejando atrás, raquíticas, empequeñecidas por el generoso crecimiento de su comprensión humana, las condiciones y limitaciones de la circunstancia política en que había nacido a la vida intelectual. Llevaba en la sangre, como tantos españoles, el eterno e irremediable antagonismo de las dos Españas—por cierto, la expresión me parece absolutamente rechazable, porque entraña un condicionamiento en los mismos términos del problema de los posibles términos de su solución; la uso aquí como puro medio de inteligencia—; su ascendencia materna era tradicionalista, y la paterna, más o menos tocada de progresismo; la fricción, sin embargo, no parece que se presentara nunca con demasiada viveza en el ámbito familiar. Pues bien: don Marcelino prolongaría dentro de sí mismo la unanimidad religiosa de las dos partes: ambas lo eran, pero dejarían atrás el congénito antagonismo. No me toca a mí insistir sobre este punto; por otra parte, no es sino la última consecuencia de otros más hondos convencimientos, a los que voy en seguida a referirme. De todas formas, creo que está bastante clara la repugnancia que a Menéndez Pelayo le provocaron siempre, por sus torpes sectarismos, los unos y los otros. Los testimonios no escasean; por ejemplo, en las cartas con su hermano Enrique, con Pereda y con Valera. Recuérdense episodios como el de su fallida elección para la dirección de la Real Academia, o aquellos a que dió lugar su actitud, y la del grupo por él y por Pereda acaudillado, respecto de Pérez Galdós, y que concluyó en el "escándalo" del banquete que ofrecieron en Santander al novelista canario. Y si se me permite un paréntesis malicioso, ¿no nos hallamos ante el "esquema" de su "escándalo", bien reciente entre nosotros? Hay algo que don Marcelino no tuvo jamás, y es esa mentalidad de aduanero, que tantas veces hace su indebida aparición en nuestra vida intelectual.

La polémica de la *Ciencia española*—y eso que pertenece al Menéndez Pelayo más "intransigente", todavía más que el de los *Heterodoxos*—señala esta misma actitud, no de neutralidad, sino de supe-

ración. Menéndez Pelayo polemiza con ambos bandos, y, además —anota Laín—, polemiza con la misma polémica.

Pero, en la *Ciencia española,* el puro planteamiento político está siendo continuamente trascendido, y lo que sigue interesándonos es su nervio intelectual.

De su desamparo entre dos fuegos irreconciliables no era precisamente conciencia dura y punzante lo que le faltaba a Menéndez Pelayo; son frecuentes en sus cartas las quejas por el silencio que sobre sus libros guardaban unos y otros: los krausistas, los institucionistas... y los "íntegros", los católicos de la extrema derecha. Refiriéndose a estos últimos, escribe:

> Ahora sólo diré, por conclusión, que no guardo ninguna especie de rencor al padre Fonseca, porque bien sé que su alejamiento del mundo le ha hecho ser en esta ocasión inocentísimo instrumento de la pérfida y tortuosa guerra que me han declarado otros que ni son dominicos ni tomistas, y a quienes ni ahora ni nunca nombrará mi pluma, porque de algo les ha de servir el haberse llamado en algún tiempo amigos míos. Respetemos *illud amicitiae sanctus ac venerabile nomen,* aunque por ser ésta una virtud "pagana", tan fácilmente se juzguen dispensados de sus leyes los que a sí mismos se llaman católicos "íntegros" y "puros". *(Ciencia esp.,* II, 273.)

Por más que, ¿cómo pretender que sintieran unos católicos, por muy católicos que se les supusiese, remordimiento alguno por haber roto todo trato con un hombre de quien el mismo padre Fonseca había dicho que resultaba más peligroso que los filosofantes racionalistas, los krausistas, los positivistas y todos los demás géneros de sabios y modernos ateístas?

Sobre este melancólico apartamiento, en que su imperturbable sinceridad fué confinándole, hay un sucedido que a mí siempre me ha parecido muy significativo: cuando, en diciembre de 1911, Menéndez Pelayo abandonaba a Madrid—no habría de volver—, acudieron a despedirle a la estación cuatro personas contadas, hecho más doloroso para él cuanto que en otras parecidas ocasiones la despedida había sido multitudinaria. Para mí, esta anécdota vale por un símbolo; es evidente que los ausentes no eran solamente "los otros". ¿Cómo no extrañarnos luego, cuando vemos a los herederos directos de aquellos "íntegros" ausentes, que ciertamente no han renunciado a su herencia, monopolizar para su exclusivo uso a un hombre con el que NO PUEDEN ESTAR DE ACUERDO?

Yo he aludido anteriormente al hecho de que si Menéndez Pelayo se negaba a contemplar el panorama de la vida política,

fragmentado en compartimientos irreducibles, era porque partía del convencimiento previo de una realidad espiritual y humana sin fronteras, porque buscaba un saber de integración.

Su caudal de incomprensión iba engrosando incesantemente; categorías de toda especie, históricas, sociológicas, científicas, van quedando a la espalda, abandonadas, inservibles. Así, por ejemplo, parte en su interpretación de la Historia de España de un supuesto nacionalista romántico: su teoría del casticismo, del *Volkgeist*, cuyas limitaciones y contradicciones han sido agudamente señaladas por Laín. Es difícil precisar el momento en que Menéndez Pelayo se desprende de este lastre; pero es un hecho que el casticismo se le queda pequeño, y que don Marcelino concluye su itinerario mental en el seno de un total afán europeísta, lúcidamente arraigado en un concepto esencial de lo tradicional—más adelante volveremos sobre ello—, y exento, claro está, de la exageración europeísta del progresismo español.

Junto a estos elementos románticos nos encontramos en su pensamiento con supuestos hegelianos; en sus comienzos, tal vez sólo filtrados por inconsciente impregnación del medio ambiente; más tarde, victoriosamente madurados y asimilados. (Me remito de nuevo a Laín; él ha sido quien, por primera vez, ha puesto enérgicamente de relieve esta incorporación "católica" de Hegel.) Pero Menéndez Pelayo no es un romántico ni un hegeliano. Emplea técnicas y entusiasmos positivistas, pero no es un positivista. Sus intuiciones historicistas le emparejan con Dilthey; pero Menéndez Pelayo no es un historicista. El buscaba siempre dar alcance a un concepto de la realidad cada vez más amplio e ideal; tarea ésta, por cierto, en la que cifraba sus mejores esperanzas para las generaciones jóvenes:

> Felices vosotros, jóvenes alumnos que me escucháis—les decía al final de su discurso sobre el platonismo en España—; felices si llegáis a ver en pleno desarrollo esa planta del "idealismo realista", cuyo germen está escondido en nuestro suelo bajo la espesa capa que tantos años de decadencia han amontonado; felices si, al realizarse la evolución metafísica, que ya por todas partes, aunque de un modo vago, se presiente, alcanzáis de la realidad un concepto más amplio e ideal que el que nosotros hemos logrado. *(Ensayos,* 115.)

Por su parte, había postulado siempre, con actitud radical de todo auténtico filosofar, una absoluta exigencia de libertad:

> La autoridad se queda para otras esferas; en filosofía nadie posee sino aquella que personalmente ha investigado y, en propia conciencia,

ha reconocido. Si esto es ser escéptico conforme al sentido etimológico de la palabra, esto es, "examinador", "indagador", será porque la filosofía misma lleva implícito siempre cierto grado de escepticismo. *(Ensayos,* 138.)

Escribía esto don Marcelino en su discurso sobre el criticismo y escepticismo españoles, y creo que merece la pena reparar en la valorización ampliamente afirmativa que de ambos fenómenos mentales late en esas líneas, y que en el resto de su estudio aparece bien patente. Para él, no se trata, desde luego, de sistemas, sino de actitudes, de "constantes", diríamos hoy con Eugenio d'Ors. ("Constantes" que, entre paréntesis, sospechó también Menéndez Pelayo, y cuya investigación llegó a pedir en *Ensayos,* 332.) Más todavía, veía en ellos no

...filosofías puramente negativas y disolventes, sino ... momentos obligados de la evolución filosófica... *(Ensayos,* 134.)

En particular, su idea del escepticismo como actitud dolorosa, desgarrada, filosofía de apasionados y violentos, me parece un anticipo muy agudo de una fundamental, y alguna vez muy mal entendida, tesis de Ortega:

Los escépticos de verdad, los escépticos filosóficos lo han sido con dolor y angustia, con verdadero desgarramiento del alma, como Pascal, o con cierta tristeza serena y resignada, pero no por eso menos honda y aflictiva, como Kant, o lo han sido con ardor de invención, con arranque de demoledores como Francisco Sánchez. El escepticismo, lejos de ser la filosofía de los tibios y de los indiferentes, ha solido ser la palanca de los apasionados y de los violentos. *(Ibídem,* 136.)

¿Qué duda puede caber de que Menéndez Pelayo habría aceptado con arranque de la filosofía, o de una de sus formas cuando menos, "el movimiento natatorio por sobrenadar en el mar de dudas" de la teoría orteguiana? (Y hay todavía textos quizá más expresivos.)

Este imperativo intelectual, este hirsuto talante, es algo a lo que Menéndez Pelayo jamás renunció, que otorga carácter a todo su estilo de pensar, y que, por otra parte, quedó patente, de manera inequívoca, desde los días de su polémica con unos y con otros sobre la *Ciencia española.* Una misma era la acusación primordial que les dirigía: su sumisión a una escuela; y a una escuela extraña:

[Dios] sólo sabe si es útil o dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antídoto contra la exageración "innovadora" la exageración "reaccionaria". Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros... *(Ciencia esp.,* I, 57.)

Es inútil, y arguye insinceridad, el intento de paliar este fiero gusto de rebeldía intelectual. En particular, la discusión con los neotomistas giró sobre este eje: Menéndez Pelayo exigía para el filósofo una libertad total, sólo limitada por el dogma, de ninguna manera por cualquier especie de dogmatismo; la pretendida identificación entre filosofía cristiana y tomismo le resultaba intolerable. He aquí algunos textos:

"No se puede admitir esa compenetración tan absoluta que ustedes suponen entre la teología tomista y la filosofía (tomista, pues bien se puede estar de acuerdo con las conclusiones teológicas de Santo Tomás, sin que para eso sea preciso declararse partidario de la doctrina peripatética de la materia y la forma y no de la hipótesis atomística; sin que sea necesario tampoco admitir toda la fantasmagoría de las especies inteligibles, y del entendimiento agente y posible, sino antes propugnando la doctrina del realismo natural y del conocimiento directo...). Yo no tengo inconveniente en decirme "tomista", si el tomismo se entiende en el sentido amplio en que le toma nuestro actual Pontífice...; pero no si se me quiere imponer, como última razón de todo, la doctrina cerrada de la *Summa*..., y no sólo en lo esencial y en lo que se relaciona con la teología, sino en una multitud de problemas antropológicos y cosmológicos que entregó Dios a las disputas de los hombres; y no en la doctrina, sino en el método y la forma, y hasta en el estilo, de suerte que la filosofía católica venga a reducirse a un puro y escueto comentario de uno de los comentadores de Aristóteles... En suma, el espíritu general, el sentido, la "mente" del Angélico Doctor, no la letra, que mata." *(Ciencia esp.*, II, 115-117.)

"Lo que hay es que yo no he leído ni he podido leer con los mismos ojos que el padre Fonseca las obras de Santo Tomás. El viste el hábito de la Orden de Predicadores; yo, no. Para él, la gloria de Santo Tomás es gloria de su casa, y es natural que gloria como la de su casa no la encuentre en el mundo. Probablemente, el primer libro de filosofía que cayó en sus manos fué algún compendio tomista. Su educación ha sido y ha debido de ser claustral. Para él, toda la ciencia humana está en Santo Tomás, y yo no puedo resignarme a ese exclusivismo." *(Ibídem*, 147.) "... cumple declarar que, con esta independencia mía en lo opinable, soy en el fondo mucho más fiel al espíritu de la escolástica que el padre Fonseca y los que con él piensan, y asimismo mucho más español que ellos; porque precisamente debe la escolástica su grandeza no a la repetición mecánica y servil de una doctrina y de un texto, sino al espí-

ritu libre de indagación, bajo el magisterio de la fe, que la caracterizó siempre..." *(Ibídem,* 245.)

Y a continuación pasa don Marcelino a dejar en sus justos y verdaderos límites la doctrina pontificia sobre el tomismo y la libertad filosófica.

Claro que todavía hoy, a pesar de todos los pesares, esta postura de Menéndez Pelayo parece a bastantes excesiva. Vamos a suponer que tienen derecho a pensar así. De todas maneras, queden dos cosas bien claras: su total ortodoxia y su importancia en el pensamiento de Menéndez Pelayo. Esta exigencia de radical libertad es básica en el cosmos mental de Menéndez Pelayo; es, sencillamente, su principio de gravitación, y toda la estructura de su pensar sobre la filosofía y sobre la Historia, sobre el desarrollo del espíritu y sobre la expresión del alma española, habrá de ser comprendido DESDE AQUÍ, si es que quiere serlo de alguna manera.

Ni me parece buen procedimiento el de quitarle importancia a su postura respecto de la escolástica con alusiones a su desconocimiento de la integridad del neotomismo, entonces incipiente, o a la todavía no explícita dirección pontificia. Esto no es exacto: la actitud de la Iglesia se hallaba ya fundamentalmente definida por León XIII, y el neotomismao llevaba ya bastante tiempo en movimiento. Aparte de que los supuestos de Menéndez Pelayo resultaban y resultan válidos para cualquier circunstancia.

Cierto es, por lo demás, que Menéndez Pelayo no es, temporalmente, un filósofo, sino un historiador. El mismo se apresura a reconocerlo. *(Ensayos,* 119, 213.) Y que en más de una ocasión—en concreto, en todo lo referente a la filosofía española—su punto de partida nos resulta excesivamente histórico e insuficientemente vital. Pero parece muy dudosa la pretensión de invalidar por ello sus postulados filosóficos; el que Menéndez Pelayo no sea un filósofo de sistema no equivale precisamente a decir que sea un asistemático, cuando lo que hace Menéndez Pelayo es buscar un sistema, y un sistema de integración, no de eclecticismo. Son cosas muy distintas. Menéndez Pelayo pidió siempre una fundamentación metafísica de la realidad. *(Ensayos,* 120.)

De la profundidad a que daba en él sus latidos este íntimo afán de libertad espiritual puede darnos una idea, más todavía que la serie, que no sería muy extensa, de sus manifestaciones inmediatas, lo que a los ojos de los más distraídos ha pasaado siempre por la gran pasión intelectual de Menéndez Pelayo: el Renacimiento, y aquel esclarecido fervor que levantara siempre en el alma y la pluma de don Marcelino.

Esta misma independencia era el móvil de su entusiasmo por los humanistas y escolásticos españoles del Siglo de Oro, y, por supuesto, lo que le atraía poderosamente hacia la que él tenía por máxima figura filosófica española: Luis Vives.

Y es, por fin, esta misma independencia la que le hace dar una versión de signo positivo de todo pensamiento, sea antiguo o moderno, ortodoxo o heterodoxo, con tal que se presente dotado de ella. Nunca se preocupó de disimular su simpatía por los pensadores auténticamente libres, fueran éstos quienes fuesen. Era lo primero que inquiría: su autenticidad. Luego sobrevendría su valoración católica. Aquí radica su antipatía por tantas manifestaciones taradas del pensamiento, se llamaran krausismos o neotomismos, y, en cambio, su manifiesta simpatía por tantos herejes, como descubriera en ellos un ardimiento del pensar. Eugenio d'Ors creyó ver en él "algo así como el cariño del médico por sus hermosos casos clínicos". Don Marcelino, por su parte, descubría en su *Historia de los heterodoxos* "la Historia de España vuelta al revés"; un revés tan dotado de significación y consistencia históricas—no de verdad—como el haz ortodoxo.

Todo esto "hay" en el fondo de la actitud intelectual de Menéndez Pelayo; y no sólo lo "hay", y está ahí de cualquier manera, sino que ES toda una dimención de su pensar.

Me explico sin dificultad que en ambientes tan caracterizados por su fidelidad religiosa como por su carencia de autenticidad intelectual se tienda a silenciar estos aspectos del pensamiento de un hombre al que no se está dispuesto a renunciar. Pero con ello no sólo se empobrece y empequeñece su figura, sino que se la adultera y falsifica radicalmente.

Por supuesto, nada más alejado de las reflexiones anteriores que la absurda pretensión de un Menéndez Pelayo desarraigado, instalado en cualquier adanismo intelectual más o menos celtibérico. Pero, de parecida manera, nada más extraño a la verdadera imagen de nuestro hombre que un tradicionalismo a ultranza.

Tiene mucho que ver su verdadera condición de maestro con la finura y tranquila naturalidad, tan desprovistas de aspavientos, con que supo articular su rebeldía intelectual y el sentido más hondo y fragante de la mejor tradicionalidad. Si como católico supo reducir al unísono una íntima e insobornable rebeldía de pensar con la sumisión de la fe—"He conservado intacto—decía—el tesoro de la fe, en medio de las revueltas aventuras intelectuales que forzosamente corre en nuestros tiempos todo espíritu investigador y cu-

rioso" *(Laín,* 206)—, como español mantuvo siempre muy despierto, y cada día más, un sentido de la tradición dinámico y esperanzador:

> Busquemos, sí, la libertad de la ciencia; pero busquémosla por aquel camino que ya nos marcó, con ser gentil, el más antiguo de nuestros filósofos. Parece *Deo libertas.* El que obedece a Dios, ¿qué ha de temer? Y ¿qué importan los mayores arrojos de la especulación en labios de quien empieza por doblar la frente ante la verdad infalible y eterna? No apoquemos lo que de suyo es tan grande que no cabe en los cielos ni en la tierra. Trabajemos con limpia voluntad y entendimiento sereno, puestos los ojos en la realidad viva, sin temor pueril, sin cierto apresuramiento engañoso, abriendo cada día modestamente el surco y rogando a Dios que mande sobre él el rocío de los cielos. Y al respetar la tradición, al tomarla POR PUNTO DE PARTIDA Y ARRANQUE, no olvidemos que la ciencia es progresiva por su índole misma, y que de esta ley no se exime ninguna ciencia... *(Ensayos,* 297.)

Está claro: la tradición, como punto de partida y de arranque. En otro sitio *(Ibídem,* 130) pide para España

> ...algo que parezca pensamiento propio y castizo, no porque servilmente vaya a calcar formas que ya fenecieron, sino porque, adquiriendo plena conciencia de sí mismo, conciencia que sólo puede dar el estudio de la Historia, y entrando, por decirlo así, en total posesión de su herencia..., empiece a realizar de un modo consciente y racional las evoluciones que desde hace más de un siglo viene realizando con temeraria y ciega inconsciencia.

La tradición como conciencia de continuidad, como posesión de herencia: confieso que me entusiasman las coincidencias del mejor Menéndez Pelayo con el mejor Goethe.

¡Qué sospechoso, a la vista de estos testimonios, ha de parecernos un Menéndez Pelayo reducido a la torpe categoría de "restaurador"! ¿Restaurador de qué? ¿Cuándo se va a caer en la cuenta de que todo intento restaurador lleva consigo la comisión de dos delitos: el paradójico de dar por supuesta la muerte de lo mismo que se intenta restaurar, con lo que se comienza ya con la liquidación de toda posible eficacia, y el de ignorar un volumen temporal, que convierte fatalmente todo gesto restaurador en un funambulesco salto en el vacío? Menéndez Pelayo nunca fué restaurador de nada, y no lo fué porque era, ante todo, un historiador, y su comprensión, una comprensión histórica. Y si de algo tiene sensibilidad un historiador es del paso irreversible del tiempo.

Dos aspectos quiero subrayar a este respecto: su conciencia de lo histórico, como dimensión de la estructura de su pensamiento, y

su concepto de la contingencia del juicio histórico y de la obra del historiador.

Sobre su conciencia histórica debo remitirme de nuevo al libro de Pedro Laín, quien nos ha trazado un cuidadoso bosquejo de su significación y alcance, así como de su lento y seguro maduramiento. Tal vez sea ésta la perspectiva más genial de su obra: su historicismo. El haber postulado, con total advertencia que le empareja con su contemporáneo Dilthey, una comprensión histórica como constitutiva de una verdadera filosofía, de un pensar histórico:

> ...no hay cosa más rara en el mundo que este género de comprensión, el cual, en cierto altísimo grado, viene a constituir una verdadera filosofía, un cierto modo de pensar "histórico", que los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que, a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. La Historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerosos "apriorismos" ... Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio de los detalles, se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir de las rotas entrañas de la historia el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu. Por todas partes se camina a ella y en todas partes se la encuentra al fin de la jornada.
>
> Quizá sea una aspiración sublime más que una ciencia, pero sin esa aspiración tan indestructible como las leyes de nuestro entendimiento, no hay vida científica que valga la pena de ser vivida. *(Ensayos,* 111 y siguientes.)

Si ahora retrocediéramos unos instantes hasta aquella firme actitud de Menéndez Pelayo sobre el pensamiento escolástico que más arriba quedó expuesto, nos sería posible explicárnosla sobre un nivel más profundo: el de esta comprensión histórica. Menéndez Pelayo se percató en seguida de que si el dogmatismo de los neotomistas brotaba con tanta fiereza era porque crecían sus raíces en el suelo totalmente desprovisto de "sentido" histórico, de "espíritu" histórico, como él decía al padre Fonseca. *(Ciencia española,* II, 256.) Nunca pensó en discutir el magisterio de Santo Tomás; ya hemos visto que se reconocía más tomista que los mismos tomistas; pero creía que era esa misma fidelidad la que exigía perentoriamente una perspectiva temporal; que su radical imperativo era precisamente el reconocimiento del hecho de una distancia.

Repetidas veces insistió Menéndez Pelayo en que los teólogos trabajaran necesariamente con categorías históricas:

Nadie se escandalice—entonces eran mucho más numerosos los escandalizados de lo que hoy puede parecernos—cuando oiga hablar de progreso y de desarrollo en Teología. Tal escándalo sólo probaría su ignorancia. La Teología tiene su historia como todas las ciencias, y quien dice historia dice algo de relativo, transitorio y mudable. Donde hay un organismo de verdades y un entendimiento que lo comprenda, queda siempre la posibilidad de una comprensión más alta. *(Ensayos,* 294.)

Recordemos, por último, con qué presteza cayó en la cuenta don Marcelino del significado y de las consecuencias que para la historia de la teología encerraban las investigaciones de Asín Palacios, cuyos resultados, todavía hoy, resultan "escandalosos" para más de un teólogo.

Réstanos examinar su concepto de la contingencia del juicio histórico y de la obra del historiador. Y lo hago con la exclusiva intención de salir al paso de quienes pretenden convertirnos la obra histórica de Menéndez Pelayo en un sistema de afirmaciones dogmáticas. Cosa de por sí ya bastante extraña, habida cuenta de nuestras anteriores comprobaciones. Pues ¿cómo atribuir un mínimo de inteligibilidad al propósito de darnos como imposiciones dogmáticas las afirmaciones históricas de un hombre constitutivamente antidogmático, y antidogmático por exigencia filosófica? ¿Dónde se han dejado estos señores las "advertencias" preliminares, antepuestas a la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos?* Porque da la casualidad de que es precisamente esta obra la que suele tomarse por canon.

Pues bien: he aquí lo que Menéndez Pelayo pensaba sobre el particular:

Nada envejece tan pronto como un libro de Historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla. El que sueñe con dar ilimitada permanencia a sus obras y guste de las noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse a cualquier otro género de literatura y no a este tan penoso, en que cada día trae una nueva rectificación o un nuevo documento. La materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo y a perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente. No lo será en los principios, si en él están bien arraigados; no lo será en las leyes generales de la Historia, ni en el criterio filosófico con que juzgue los sistemas y las ideas, ni en el juicio moral que pronunció sobre los actos humanos. Pero en la depuración de los hechos está obligado a serlo, y en la historia eclesiástica con más rigor que en otra alguna, por lo mismo que su materia es altísima y nada hay en ella pequeño e indiferente. *(Heterodoxos,* I, 30.)

Y, efectivamente, Menéndez Pelayo no permitió la reedición de sus "herejes" hasta haberlos sometido a una revisión a fondo, a pesar de lo cual no disimuló nunca su insatisfacción, por lo que juzgaba su obra menos lograda.

Y ya que han salido a relucir los *Heterodoxos*, confieso que siempre me ha parecido un síntoma sospechoso la popularidad, con frecuencia demasiado exclusivista, de que esta obra ha gozado entre los católicos españoles, con mengua del resto de su producción, menos polémica, si descontamos la *Ciencia española*, pero más madura. El tema mismo ha tenido, sin duda, su parte en ello: venía a alimentar el talante contrarreformista de nuestro catolicismo oficial. Pero si de fidelidad a un pretendido magisterio se trataba, ¿como olvidar que no estaba allí *todo* Menéndez Pelayo? Por mucho que se acentúen las calidades de apasionamiento de los *Heterodoxos*, ¿cómo olvidar las calidades de ancha generosidad de la *Historia de las ideas estéticas?* Aparte de que sería totalmente inexacto una especie de solución de continuidad entre la juventud y la madurez de don Marcelino, ejemplificadas en ambos títulos. Sólo un dato: se acostumbra ver en el juicio sobre Sanz del Río y los krausistas las páginas más "inquisitoriales", y hasta injustas, de Menéndez Pelayo. No voy a discutir la razón que a los que esto dicen pueda asistir. Pero repárese con un mínimo de atención en lo que constituye el nervio dialéctico de ese capítulo; se verá que no es la ortodoxia el móvil último de la requisitoria, sino la exigencia de independencia intelectual y de una valoración positiva del pensamiento alemán que Sanz del Río no se había tomado demasiado trabajo por conocer. Que, aparte de eso, Menéndez Pelayo no se esfuerza poco ni mucho en disimular su antipatía por el maestro tanto como por los discípulos, es otra cuestión.

La verdad es que Menéndez Pelayo no soñó nunca con herejías; nunca le sobresaltaron esas curiosas pesadillas en que algunos creen alcanzar victoriosamente herejes muy vivos y reales, hasta llegar a convencerse, o parecerlo al menos, de su inexistencia; o esas otras, tan pesadillas como las anteriores, sólo que de signo contrario, en que otros, o los mismos, polemizan brillantemente con "maniqueos", inexistentes. Ni los inventó nunca, allí donde no los había, ni creyó que habían dejado de existir los reales, por mucho que los deseara. Esto, en otras latitudes, se denomina "objetividad":

> Yo de mí sé qué decir, siguiendo el consejo y ejemplo del gran Leibniz: en todo libro que cae en mis manos busco primeramente lo que puede serme útil y no lo que puedo reprender. *(Ciencia esp.*, II, 46.)

Y lo hubiera podido repetir a la letra, porque lo que dijo Leibniz era literalmente: "Es extraño, pero estoy conforme con la mayor parte de las cosas que leo." Y lo peor era, como en una ocasión había dicho *Clarín*, que Menéndez Pelayo caía en la vulgaridad de ser fiel a sus convicciones, y, efectivamente, leía con una inmensa voluntad de comprensión y asimilación.

Menéndez Pelayo fué, ante todo, un gran lector, un modelo de lectores, en esta tierra donde tanto escasean, precisamente porque tan poco suele interesarnos lo que de veras piensa nuestro vecino. ¿Qué es sino su obra más espléndida, más abierta, intelectualmente también más conseguida, también quizá la menos leída, la *Historia de las ideas estéticas*, sino un deslumbrador y deslumbrado índice de lecturas? Más que por su estructura interna, es admirable la *Historia de las ideas estéticas*, absolutamente admirable, como rareza española, como milagro; por una anchura intelectual, por una capacidad de entusiasmo, sin precedentes en la historia de nuestras inveteradas actitudes desde los días tan amorosamente y con tanta insistencia evocados por don Marcelino, en que fray Luis de León "trabajaba con manes católicos el mármol de la antigüedad". El volumen sobre Alemania es excepcional; excepcionales y fidelísimos sus análisis, excepcional su penetrante valoración. Hay que acudir a Ortega—y creo que el paralelo de entusiasmo por Europa es bien significativo, y, por qué no, un tanto molesto—para ver tratadas con parecida vibración de simpatía y de intimidad las luminosas figuras de la *Aufklaerung*, del *Sturm und Drang* y del romanticismo de aquella Alemania tardíamente conocida, pero fervientemente amada. La serena y segura, pero eficaz asimilación por Menéndez Pelayo del pensamiento y de la cultura no católicos es una lección todavía por aprender.

Es posible que alguien eche de menos aspectos de la figura de Menéndez Pelayo que aquí han sido pasados por alto, lo reconozco; no era mi intención tocarlos todos, y he procurado expresamente no insistir en los que me han parecido tratados ya con anterioridad y suficiencia. Pero, en cambio, creo que todos los aludidos, por más que alguna vez lo hayan sido de manera marginal y fronteriza, se hallan dotados de esencialidad, y que era tanto más perentorio ponerlos de relieve cuanto que con frecuencia han permanecido sumidos en el más injustificable silencio. No quiero con ello dar a entender que haya pretendido destruir la imagen habitual de don Marcelino; pero sí añadirle perfiles hasta ahora menos acusados, que a lo menos que aspiramos es a condicionar los ya consabidos y a que el conjunto comience a ser valorado dentro de una

nueva luz: son los capítulos que yo echo de menos en una biografía ideal de Menéndez Pelayo.

Y si ahora se me pidiera que redujera a una sola palabra la esencia humana, espiritual de este hombre, yo respondería, sin un solo instante de vacilación, VER; ver, afán de visión, de aceptación de la realidad en su integridad, de integración de esa integridad en un saber orgánico, y creciente, generoso y exigente, radicalmente abierto, sediento siempre de nuevas y posibles perfecciones.

Se ha hablado del talante visual, figurativo, de su obra histórica: la Historia considerada como espectáculo, como obra de arte, y de arte plástico (Menéndez Pelayo era helénico hasta los tuétanos); talante que se creó su propio estilo, un estilo amplio dentro de su creciente sobriedad, enumerativo; afirmativo, pero no dogmático, más amigo de los atributos que de los predicados. (El análisis estilístico de su manera literaria, de su estilo de pensar, de la estructuración íntima de su pensamiento está todavía por hacer, y creo que el día que se lleve a cabo nos traerá hallazgos sorprendentes.)

Esta incondicional confianza en la verdad de las cosas, esta tranquila y maravillosa objetividad, que es humildad, y que San Pablo ha relacionado con la virtud teologal de la caridad, ha dejado su huella en el poderoso gesto con que iniciaba sus obras sin preocuparse en exceso por acabarlas. Menéndez Pelayo nunca fué partidario de "endurecer" sus ideas o sus juicios. Como todos los genios, no daba excesivo valor a sus afirmaciones; veía siempre en ellas algo provisional. Nos ha confesado, en las páginas de crítica que dedicó a Heine—me parecen las más bellas que escribió—, que su impresión primera del poeta alemán, que nunca había llegado a ser escrita, le remordía como si lo hubiera sido.

Está por escribirse una fenomenología del maestro, de quien posee de verdad tamaño y calidad de tal. Y es muy probable que con esa fenomenología se nos descubriera en él una insospechada dialéctica, que tendería—yo estoy seguro de ello—a la sumisión, a la sumisión a las cosas, como punto de partida; un íntimo descontento y el consiguiente rigor consigo mismo, como conducta; la vehemente incitación a que el discípulo alcance un nuevo horizonte, la incitación a la insumisión, como término. Un auténtico maestro nunca comunica afirmaciones cuajadas, talladas ya en piedra dogmática; incita al discípulo a descubrirlas por sí mismo, y a descubrirlas dentro de sí mismo.

Y ahí radica la enormidad de la obra de Menéndez Pelayo, su valor para nosotros: en ser una insustituíble pedagogía de la

mirada, de la que tan necesitados seguimos estando los españoles, afanosos siempre de locos empeños con los ojos cerrados.

Y aquí concluyen estas reflexiones: la confesión de disconformidad de un sacerdote español sobre la manera consabida de proponer el magisterio intelectual de Menéndez Pelayo. Si se ha atrevido a manifestárosla es porque tiene la presunción, no del todo injustificada, de interpretar el íntimo sentir de no pocos españoles preocupados de la última generación, de la que él tiene conciencia de ser nada más que un miembro cualquiera, todavía animoso, pero ya entristecido.

Me parece que hoy mismo, si este esforzado y riguroso español que fué don Marcelino Menéndez Pelayo pudiera volver a hablar; a la vista de las manipulaciones que con su figura y su pensamiento se llevan a cabo; a la vista del inminente riesgo de frustración en que tantas cosas del espíritu se van sumergiendo, volvería a repetir aquel su deseo, tal vez ahora convertido en urgente anhelo, de que pudiéramos, y no se nos estorbara, alcanzar de la realidad un concepto más amplio e ideal:

> ¡Y, entre tanto—había concluído él en su discurso del Primer Congreso Católico Nacional, en 1889—, los católicos españoles, doloroso es decirlo, pero éstos son días de grandes verdades, distraídos en cuestiones estúpidas, en amargas recriminaciones personales, vemos avanzar con la mayor indiferencia la marea de las impiedades sabias y corromper cada día un alma joven, y no acudimos ni a la brecha cada día más abierta de la Metafísica, ni a la de la exégesis bíblica, ni a la de las ciencias naturales, ni a la de las ciencias históricas, ni a ninguno de los campos donde siquiera se dilatan los pulmones con el aire generoso de las grandes batallas! *(Ensayos,* 298.)

Menéndez Pelayo es un hombre de talla de gigante, pero un hombre, que nos propone una conducta y un ejemplo apremiante de sinceridad, de rigor, de nobleza, de generosidad, de inteligencia. Menéndez Pelayo—lo podemos decir de él con mucha mayor justicia de la que él tuvo para decirlo de uno de sus contemporáneos—, poseyó la ambición de todos los saberes sin tener la avaricia de ninguno.

Francisco Pérez Gutiérrez.
Seminario de Monte Corbán.
SANTANDER.